MISANTROPÍA Y ARREPENTIMIENTO.

DRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

Cárlos, Baron de Menó.
El Mayor Horts.
El Conde de Walberg.
Biterman.
Tobías.
Frantz.
Peters.
La Condesa de Walberg.
Eulalia, baxo el nombre de Miler.
Eugenio, niño de 4. años.
Una Camarera.
Dos niños, hijos del Baron.
Algunos Lacayos.
Un Postillon.

ACTO PRIMERO.

La escena se supone en el castillo del Conde de Walberg, en las cercanías de Cásel.

El teatro representa un bello paisage: el castillo aparece sobre una colina, y á la derecha de los actores, á lo léjos, en el fondo, á su izquierda, una pequeñuela cabaña entre algunos árboles que la cubren: al mismo lado y al pie de la colina empieza una arboleda, que conduce á la morada del Extrangero: á la derecha, hácia el tercero bastidor, hay un pequeño pabellon practicable, del qual se vé solamente una parte.

Peters que viene del castillo.

Peters. Amigo Peters, señora
Miler lo manda, y es fuerza
llevar este dinerillo
al viejo Tobías. Ella
me ha encargado que lo calle;
pero en buenas manos queda:
no, no lo sabrá ninguno.
A la verdad que es muy bella
muger la señora Miler!
bella muger! pero necia,
muy necia; porque vé aquí
lo que mi padre me enseña:
el que gasta su dinero
es un hombre sin prudencia;
pero el que lo da, merece
que le rompan la cabeza.

Salen Frantz y el Baron: este cruzados los brazos y la cabeza baxa; vé á Peters, y le mira con desconfianza: Peters se queda por un momento mirando al Baron con la boca abierta, se quita despues el sombrero, y con una cortesía extravagante se dirige hácia la cabaña.

Baron. Quién era, Frantz?
Frantz. Es el hijo
del que administra las rentas
del castillo.

Baron. Por la noche
me hablaste ayer en la cena::-
Frantz. De aquel labrador anciano.
Baron. Es verdad.
Frantz. Mas sin respuesta
me quedé.
Baron. Pues vuelve ahora
á decirlo, si te acuerdas.
Frantz. Pues, señor, es pobre.
Baron. Y tú
de qué sabes su pobreza?
Frantz. El lo dice.
Baron. Y él lo dice! *Con amargura.*
no ignora el hombre la senda
del engaño. *Frantz.* Es cierto, pero
este anciano no grangea
la piedad con el engaño.
Baron. Y por qué no? *Frantz.* Si quisiera
explicarlo no podria;
pero mi alma se interesa
en su favor. *Baron.* Frantz, que débil
eres! *Frantz.* Es verdad; mas crea
usted, que un necio piadoso
vale mas que la soberbia
de un sabio sin compasion.
Baron. Necio! *Frantz.* La beneficencia
produce la gratitud.
Baron. Ah! no es verdad. *Con dolor.*
Frantz. Quien dispensa
los beneficios, yo juzgo
que es mas feliz en la tierra,
que el mismo que los recibe.
Baron. Eso es verdad.
Frantz. Qué flaqueza!
Y usted es un bienhechor.
Baron. Quién? yo?
Frantz. Por veces diversas
ha sido testigo Frantz.
Baron. Hombre crédulo, contempla
que hacer bien es la mayor
de las necedades nuestras.
Frantz. Oh! no tanto como eso.
Baron. Y los hombres, en mi idea,
son indignos del favor.
Frantz. Muchos, es verdad.
Baron. Pues piensa
que son hipócritas todos.
Frantz. Mentirosos. *Baron.* Aparentan
lágrimas á nuestros ojos,
y rien á espaldas nuestras.
Vé aquí el hombre. *Con amargura.*
Frantz. Sin embargo,
hay algunos::- *Baron.* Dónde?
Frantz. En esa
cabaña. *Baron.* Quién, el anciano?
Y ha llorado sus miserias
delante de ti? *Frantz.* Mil veces.
Baron. Y quieres tú que lo crea?
el verdadero infelice,
amigo Frantz, no se queja.
Despues de un rato de silencio.
Pero en fin, cuéntame toda
su desgracia. *Frantz.* Es tan inmensa,
que ha perdido su buen hijo.
Baron. Cómo? *Frantz.* Baxo las banderas
militares sentó plaza
para dar á la pobreza
de su padre algun consuelo.
El Baron le mira, y despues continúa.
Frantz. El viejo tomó por fuerza,
y á pesar de su dolor,
el precio de la terneza
y la libertad de un hijo;
pero al pobre no le queda
otro recurso que el cielo:
enfermo, pobre y sin fuerzas
para ganarlo:::- *Baron.* No puedo,
no puedo hacer aunque quiera
nada por él. *Frantz.* Ah, señor!
en favor de su indigencia
usted puede mucho.
Baron. Y cómo?
Frantz. Quizá con poco pudiera
rescatar á su buen hijo.
Baron. Será fuerza que yo vea
al anciano. *Frantz.* Bien, señor.
Baron. Pero, como acaso mienta::-
Frantz. No miente, no.
Baron. Que no miente!
el hombre! el hombre!::- es en esta
cabaña? *Frantz.* En esa cabaña.
El Baron entra en ella.
Que alma tan noble y tan bella!
pero con él se me olvida
el modo de hablar: apénas
le conozco, y ha tres años
que le sirvo. La primera
vez que vé un hombre, le habla

con seriedad y dureza;
mas sin embargo, á ninguno
ha negado en su miseria
la proteccion y el consuelo.
El es misantropo, es fuerza,
no hay remedio: sin embargo,
su misantropía empieza
en sus mismas desventuras,
porque el odio que profesa
al hombre no está en su alma,
que solo está en su cabeza.
Sale el Bar. de la cabaña, y Pet. detras.
Baron. Y bien, que me quieres?
Peters. Nada,
pero yo soy el que era:-
Baron. Qué necio!
Frantz. Pues cómo es eso?
tan presto, señor, de vuelta?
Baron. Y qué había yo de hacer
allí? *Frantz.* Pero en fin es cierta
su desgracia? lo habeis visto?
Baron. He visto á su cabecera
ese bribonzuelo. *Frantz.* ¿Y que
tiene que ver (quando sea
verdad) aqueste muchacho
con la piedad que se alberga
en usted? *Baron.* Tiene que ver:
que estaba de inteligencia
con el viejo::- hombres perversos!
Cómo hubieran, cómo hubieran
hecho mofa los ingratos
de mi credulidad necia,
si me hubieran engañado!
Frantz. Pues usted cree que fueran::-
Baron. Qué hacian juntos?
Frantz. Bien fácil
Sonriéndose de su desconfianza.
es de saber. Hombre, llega, *A Peter.*
ven acá: di, á que has venido
á esta cabaña? *Peters.* Quál, esta?
Frantz. Sí. *Peters.* Yo, á nada.
Frantz. No, no, amigo,
por algo has venido á ella.
Peters. Toma! y por qué? vaya, vaya!
Mire usted, quando me muestra
madama Miler la cara
risueña, por complacerla
me echaria yo en el pozo
del castillo de cabeza.
Frantz. Luego ella te manda? *Peters.* Sí,
por mas que usted lo pretenda
saber, no lo ha de saber.
Frantz. Y por qué?
Peters. Por qué? porque ella
me dixo: ve, Peters mio,
Imitando la voz de Miler.
ve por Dios, y que no sepa
nada ninguno; ve presto,
Peters bonito, que es fuerza
socorrer al viejo::- vamos,
estas palabras me llegan
al corazon, y no puedo
negarme por mas que quiera.
Frantz. Ya, pero si ella lo manda
es fuerza tener cautela.
Peters. Sí, que no la tengo yo.
Mire usted, mas de quinientas
veces le dixe á Tobías,
que no pensara que era
Miler la que le mandaba
el dinero; y aunque fuera
el Rey no se lo diria.
Frantz. Oh! tú eres mozo de prendas.
Y era mucho? *Peters.* Yo no sé;
pero habrá semana y media
que le traxe otro dinero,
y despues otro::- á la cuenta
de lo que se ahorraba: y juzgo,
que era en un dia de fiesta,
porque yo tenia puesto
mi vestido nuevo. *Frantz.* Y esa
madama Miler es quien
le socorre en sus urgencias.
Peters. Toma, pues quién? no, mi padre
no es tan tonto como ella:
y dice, que es necesario
guardar siempre nuestra hacienda;
pero con mayor razon
en estio y primavera
no se debe dar limosna,
que entónces la providencia
produce plantas y frutos
para los hombres. *Frantz.* Muy bella
máxîma! qué amable padre!
no es verdad?
Peters. Pues quien lo niega?
Pero Miler no hace caso
por mas que la reconvengan.

Y aun hace mas.
Frantz. Qué mas hace?
Peters. Mire usted, quando Isabela
tenia los hijos malos,
quiso enviarme á su aldea
con dinero; mas mi padre
no me dexó que yo fuera
porque llovia. *Frantz.* Y qué hizo?
Peters. Toma, lo llevó ella mesma,
y se me puso á curar
los niños como si fueran
suyos. *Frantz.* Muger singular!
Peters. A veces da grima el verla
llorar sin saber por qué;
y si yo, señor, pudiera
verla llorar sin llorar,
vaya muy enhorabuena::
pero el caso es, que si llora,
que quieras, ó que no quieras,
yo me quedo sin comer,
y echo á llorar.
Frantz. Y bien, queda *Al Baron.*
usted, señor, satisfecho?
Baron. Haz que este hablador se vuelva
al castillo. *Frantz.* A Dios, amigo
Peters. *Peters.* Con qué usted me dexa?
Frantz. No, pero madama Miler::-
Peters. Ay! es verdad que me espera.
A Dios.
Saluda al Baron, que no le corresponde.
Oye usted, señor,
aquel está que rebienta
de rabia, porque no pudo
sacarme ni esto siquiera.
Frantz. Es verdad.
Peters. Ah! no, conmigo
no hay que venirse con fiestas,
que para guardar secretos
yo. *Vase.*
Frantz. Bien, á Dios. Qué simpleza!
vaya, señor.
Baron. Qué? *Frantz.* Que ahora
la desconfianza era
injusta. *Baron.* Oh!
Frantz. Pero qué duda
le queda á usted?
Baron. Si me queda
ó no, calla: en fin no quiero
escuchar mas.
Se levanta y sigue hablando con acritud.
Quién es esta
madama Miler? por qué
su nombre siempre resuena
en mi oido? y por qué causa,
sin haber podido verla,
á qualquier parte que voy
ha estado primero ella?
Frantz. Usted debia alegrarse.
Baron. Por qué?
Frantz. Porque es una prueba
de que aun hay entre los hombres
algunas almas modestas
y bienhechoras. *Baron.* Sí, sí.
Frantz. Procure usted conocerla.
Baron. Conocerla! *Con ironía.*
Frantz. Yo, señor,
la conozco, y es muy bella.
Baron. Mucho peor: la hermosura
encubre con apariencia
falaz un alma viciosa.
Frantz. Pues la suya es en mi idea
el velo de la virtud:
es tal su beneficencia::-
Baron. Ah, qué incauto! mira, Frantz,
qualquiera muger desea
deslumbrarnos, afectando
alguna virtud, y esta
será quizá mas astuta
en su ficcion. *Frantz.* Pero sea
como sea, poco importa,
con tal de que favorezca
al anciano, y haga bien.
Baron. Mejor, así en su pobreza
no necesita de mí.
Frantz. No obstante, señor, en ella
la buena Miler habrá
socorrido las urgencias
limitadas y actuales;
pero, por mas que lo sienta,
no le habrá podido dar
para consolar sus penas
rescatando á su buen hijo.
Baron. Reparo, que te interesas
Con una ironía amarga.
con mucho ardor por Tobías.
¿Estarás de inteligencia
tú con él para engañarme?
Frantz. Y es posible, que usted crea::-

Con lágrimas en los ojos.
ah! no ha nacido del alma
de usted tan baxa sospecha.
Baron. Es verdad; perdóname,
Con bondad le alarga la mano.
amigo mio. *Frantz.* Sí, venga
la mano y la besaré *Lo hace.*
mil y mil veces. Es fuerza
que os hayan quizá burlado
algunas almas perversas
cruelmente, para haber
concebido contra ellas
ese odio universal,
aquesa injuriosa idea
de la virtud y justicia.
Baron. Tú lo has dicho. Quánta pena
me has dado, Frantz! déxame.
Se vuelve á sentar, y lee.
Frantz. Véle allí con su tristeza
sumergido en la lectura:
así pasa la carrera
de su vida: á los placeres
muerto, á la naturaleza
muerto tambien, y sumido
en su dolor. Quién pudiera
restituirle al placer!
Hace tres años que aleja
la sonrisa de su boca,
y otros tantos que la idea
de un suicidio fatal
me hace estremecer. Si fuera
posible al ménos, que amase
la sociedad::- Si quisiera
cultivar algunas flores::-
Pero nada; en su tristeza
sumergido, calla y lee,
ó si alguna vez despliega
sus labios es detestando
de su mísera exîstencia,
y maldiciendo á los hombres
artífices de su pena.
Lee el Baron.

En la soledad adquieren mayor energía nuestras ideas; pero tambien se renuevan las antiguas heridas, y quanto en otro tiempo agitó con violencia las fibras de nuestro cerebro, es un fantasma que nos persigue y nos atormenta de continuo.

Frantz. Tiene razon ese libro;
pero tambien se me acuerda
haber oido decir,
Va saliendo Tobías.
que por lo mismo era fuerza
huir de la soledad,
y abandonarse á la inmensa
multitúd de los negocios.
Tobías. O quán grata es la influencia
del sol sobre el infelice
Pero mi alma se enagena
de placer, y de su Dios
benéfico no se acuerda.
Se descubre, y levanta las manos al Cielo.
Frantz. Vé aquí un anciano que goza
El Baron cierra el libro, y mira con atencion al viejo.
de poco bien en su extrema
necesidad, y da gracias
á la augusta Providencia
del poco bien de que goza.
Baron. Porque la esperanza llega
con los hombres al sepulcro,
y en sus límites los dexa.
Frantz. A Dios, buen hombre: parece
que veo mas fortaleza
en usted. *Tobías.* Dios, y el cuidado
de una muger que no niega
su misericordia al pobre,
me han conservado en la tierra
quizá por algunos años.
Frantz. Sin embargo, usted demuestra
bastante edad. *Tobías.* Sí, señor,
ya paso de los setenta,
y pocas satisfacciones
puedo ya gozar en ella.
Frantz. Pues yo, amigo, me quejara
de mi suerte, si tan cerca
de la tumba me volviese
á la vida y á la pena;
que la muerte es el consuelo
del infeliz. *Tobías.* Usted piensa,
que soy yo tan infeliz?
No gozo aun de la bella
luz del sol amaneciendo?
No he recobrado mis fuerzas
con la salud? ay amigo!
aquel que por vez primera,

despues de un penoso mal,
respira el aura serena
de una plácida mañana,
es el mas feliz que llegan
á ver los rayos del sol.
Frantz. Pero este bien degenera
bien presto con la costumbre.
Tobías. No en la vejez: muchas penas
me han afligido y me afligen,
y sin embargo sintiera
la muerte. Quando mi padre
me dexó en su pobre herencia
esa cabaña, gozaba
yo de mi salud y fuerzas.
Tomé una muger honrada,
tan amante como buena,
y Dios bendixo mi union
con tres hijos: pero esta
dicha duró pocos años.
Dos de ellos viéron apénas
el sol de la juventud,
y la muerte con fiereza
los arrebató. Yo, amigo,
sufrí el golpe con paciencia;
pero mi pobre muger,
ó mas débil ó mas tierna,
murió de dolor; quizá
yo en mi soledad hubiera
seguídolos á la muerte,
si la divina clemencia
no me hubiera consolado.
En fin, quando. mi flaqueza
adoraba sus decretos,
y resignado en su eterna
misericordia vivia
con un hijo, última prenda
de mi amor, algo felice,
su generosa imprudencia
le conduxo á sentar plaza
por socorrer la miseria
de su anciano padre::- Amigo,
este golpe me condena
á la pérdida cruel
del apoyo de mis fuerzas
inútiles: y os protesto,
que sin la beneficencia
de una muger virtuosa,
de hambre y de pesar muriera.
Frantz. Y sin embargo usted ama
la vida? usted la desea?
Tobías. Y por qué no, miéntras haya
un objeto que interesa
mi corazon en un hijo?
Frantz. Puede que usted no le vuelva
á ver jamas. *Tobías.* Sin embargo
yo le conservo en la idea;
y aun quando esté decretado
que mis ojos no le vean,
esperaria la muerte
sin yo desearla. Aquella
es la cabaña tranquila
en que nací; aquella vieja
encina creció conmigo,
y::- (casi tengo vergüenza
de decirlo) tengo un perro,
que en mi dolor me consuela.
Frantz. Un perro! *Riendo.*
Tobìas. Un perro; sí, amigo,
ríase usted quanto quiera;
pero sepa usted, que Miler,
la generosa, la buena
Miler, vino á visitarme
un dia en mi cabañuela,
y como el perro ladraba
viéndola entrar, dixo ella:
por qué no da usted, Tobías,
este animal, pues apénas
tiene usted pan que comer?
Señora, y si yo le diera,
la respondí, quién me amara
en mi soledad?
Frantz. No sea
Al Baron, que piensa profundamente.
causa de que usted se enoje
la interrupcion; mas quisiera
que usted oyese:::-
Baron. Sí, Frantz,
todo lo escuché: ve y lleva
ese libro á mi aposento,
y te dexarás abiertas
las ventanas hácia el rio.
Frantz. Voy, señor. *Vase.*
Baron. No te detengas. *Con prontitud.*
Dime, anciano, que te ha dado
Miler? *Tobías.* Aquel alma bella,
aquel alma angelical!
me ha dado quanto pudiera
desear para comer

hasta el invierno.
Baron. No mientas.
Y nada mas? *Tobías.* Y qué mas?
Ella, señor, bien quisiera
librar á mi buen Ernesto:
pero por mas que lo sienta,
carece de facultades.
Baron. Salva un hijo. A Dios.
Vase con precipitacion, despues de darle una bolsa de dinero.
Tobías. Qué nueva
felicidad es la mia? *Abre la bolsa.*
Válgame Dios! y monedas
de oro! Amigo, miradlo:
A Frantz que sale.
la confianza en la eterna
misericordia jamas
nos engaña::- ó providencia!
Frantz. Y quién es el generoso?
Tobías. Su amo de usted::- ah! que pueda
gozar de su buena obra,
como de la recompensa!
Frantz. Hombre singular!
Tobías. Ni quiso
el buen señor que le diera
las gracias, y ya iba léjos,
ántes que mi torpe lengua
se moviese.
Frantz. Vé ahí mi amo.
Tobías. A Dios, amigo. Ello es fuerza
correr quanto me permitan
los años á dar la nueva
de su rescate á mi hijo.
Quánta será su impaciencia,
su placer, quando se abrace
con quanto amaba en la tierra:
con su amante y con su padre!
O tú, augusta omnipotencia,
colma de favor al hombre
generoso; que tu diestra
cubra su frente de gracias:
extiéndase su clemencia
en la felicidad suya.
Que ¿quién hay que la merezca
mejor que el hombre piadoso,
que tu imágen representa?
Vase por la derecha.
Frantz. Ah! por qué no soy yo rico?
por qué yacen las riquezas
en manos de los crueles?
Ah! si yo las poseyera,
socorrer el infortunio
serian mis complacencias.
Vase por la arboleda.

La escena representa un salon del castillo. Sale Eulalia con una carta abierta.

Eulalia. Ah! vé aquí lo que me aflige.
Yo estaba ya mas contenta
en mi retiro, á pesar
de que no siempre se alberga
el gozo en el corazon
del solitario. Oh! yo necia
y desgraciada muger!
en el cláustro y en las selvas
te seguirá tu dolor,
clavado como una flecha,
Eulalia, en el corazon.
Pero al fin, quando la pena
le oprimia con su peso,
yo lloraba sin dar cuenta
á nadie del llanto mio;
y errando triste é inquieta
por los campos del castillo,
ninguno formó la idea
de que mi alma obedecia
á la irresistible fuerza
de una conciencia culpable,
que por siempre me condena
á llorar léjos del hombre
mi criminal imprudencia.
Mísera yo! si ellos vienen,
á Dios, ó dulce y amena
soledad, á Dios lectura,
que tal vez has dado treguas
á mi dolor con tus gracias.
Y si acaso la condesa
ó el conde traen algunos
de los sugetos que puedan
conocerme? ay! qué infeliz
es aquel de quien rezela
el corazon criminal
la inoportuna presencia
de uno, de un solo testigo
de su delito y su pena!
Sale Peters. Aquí estoy yo.
Eulalia. Muy bien, Peters:
y Tobías? *Peters.* Allí queda

tan contento el pobre viejo.
Eulalia. Le dixiste de quién era
el dinero? *Peters.* Dios me libre.
Le dixe, que no creyera
que era usted la que le daba
aquellas quantas monedas,
que no era usted.
Eulalia. Muy bien dicho. *Sonriéndose.*
Peters. Pero sin embargo piensa
en venir á dar las gracias,
que quieras ó que no quieras.
Eulalia. Mira, Peters, no permitas,
que Tobías quando venga
entre á verme; dile tú
que duermo, que estoy enferma,
ó que no tengo lugar.
En fin, dile quando quieras,
y no le dexes entrar.
Peters. Bien, y si acaso se empeña,
le agarraré por un brazo::-
Eulalia. No, Peters, no hagas violencia
al enfermo viejecito.
Peters. Me voy, que mi padre llega. *Vase.*
Sale Biterman. Buenos dias, señorita,
yo celebro verla buena
y graciosa como siempre.
Usted me llama, y quisiera
saber qué novedad hay.
Eulalia. A Dios, Biterman. Hoy llegan
los señores del castillo.
Biterm. Quién? el conde? su excelencia?
Eulalia. Sí, amigo, de aquí á dos horas
llega el conde, la condesa,
y su cuñado el Mayor
de Horts.
Biter man. Lo decis de veras?
Eulalia. Usted sabe, Biterman,
Con dulzura.
que Miler no se chancea
jamas. *Biterm.* Peters::- y es posible?
Válgame Dios! quando vengan
qué dirán! Peters::-
Sale Peters. Señor.
Biterman. Ve á buscar á toda priesa
al guarda bosques, y dile
que me mande varias piezas
de caza: que Juana limpie
los quartos de su excelencia,
y les quite á los espejos
el polvo para que pueda
verse en ellos la señora. *Vase Peters.*
Corre, marcha. Qué cabeza
me ha puesto la tal noticia!
Pero lo que me da pena
es, que la cámara verde
está toda descompuesta,
y no habrá donde poner
al Mayor. *Eulalia* En la escalera
no hay un quarto hácia el oriente?
Biterman. Es verdad; pero esa pieza
está para el secretario:
no obstante tengo una idea
excelente: la casilla
que linda con nuestra huerta
se la podriamos dar.
Eulalia. Y cómo, si vive en ella
el extrangero?
Biterman. No importa,
que se vaya.
Eulalia. Oh! bueno fuera
cometer una injusticia.
Usted sabe, que no media
el interes en su elogio;
pues ni le he visto siquiera;
pero quantos le conocen
tienen repetidas pruebas
de su virtud; y yo creo
que la morada que arrienda
la paga liberalmente.
Biterman. Cierto, yo no tengo queja
ninguna; pero::-
Eulalia. Qué? vamos.
Biterman. En fin, Miler, yo quisiera
saber quien es. Qué demonio!
siempre va huyendo diez leguas
quando me vé, y aunque busco
mil ocasiones diversas
para hablar con el criado,
ni tampoco me contesta.
Hoy hace buen dia. Sí.
Ya los árboles empiezan
á brotar. Sí. Me parece
que hoy el amo se pasea
con gusto. Sí. Mil demonios
se lleven tanta reserva
y tal callar, vaya, vaya.
Eulalia. Bien, pero con la impaciencia
olvida usted á los condes.

Biterman. Pues si es verdad; usted vea
que motivo habrá::-
Eulalia. Las nueve.
Yo me voy á mis haciendas:
á Dios, Biterman. *Vase.*
Biterman. Sí, sí;
tambien usté es linda pesca;
ni tampoco sé quien es.
Madama Miler! qué buena!
hay tanta madama Miler
en el mundo! La condesa
la recibió hace tres años,
para darle la intendencia
del castillo; pero bien,
quién es esta aventurera?
de dónde viene, y por qué?
Vé aquí lo que me condena.
Vaya, que es fatalidad
no averiguar tan siquiera::-
Sale Peters. Padre, padre, que ha llegado
un señor, venga usté apriesa,
que es el mayor de::- de::- vamos,
que llega el señor.
Sale el mayor Horts. Peters imita á su padre en toda esta escena.
Biterman. Merezca
Con muchas cortesías.
un mayodormo, señor,
ofrecerse á la obediencia
de Usía, y mas quando tiene
el honor de hablar de cerca
y rostro á rostro al ilustre
cuñado de su Excelencia
el gran conde de Walberg.
Peters. De Walberg.
Mayor. Oh! vamos, dexa
cumplimientos, Biterman:
ya vés que un hombre de guerra
ni los hace, ni recibe.
Biterman. Señor, con vuestra licencia,
aunque estamos en el campo
veneramos la grandeza
de los cuñados de un conde.
Peters. Conde.
Mayor. Muy bien, como quieras.
Mi hermano y yo hemos pensado
pasar esta primavera
en el castillo. *Biterman.* Aunque fuese
un año; pues sin que sea
vanidad, he acumulado,
señor, y puesto en reserva
con que admirar á los condes.
Peters. A los condes.
Mayor. Bien, muy bella
precaucion. Tu economía
exîge, segun mis cuentas,
un disipador, y creo
que en mi cuñado se encuentra
quanto puedes desear.
Ha dexado la carrera
militar, y se propone
concluir lo que le queda
de vida en este castillo.
Biterman. Y con eso las gazetas
vendrán todas las semanas.
Peters. Semanas.
Biterman. Por la escalera
me parece::- Sí, madama
Miler::- buena muger! buena!
es el ama de gobierno.
Yo voy á hacerla que venga,
si gusta Usía. *Peters.* Si Usía.
Mayor. No te tomes esa pena.
Biterman. Oh señor! no puede serlo
nunca para mí dar pruebas
de mis respetos á Usía.
Peters. Tos á Usía.
Vanse Biterman y Peters.
Mayor. Qué paciencia
es necesario tener
con estas gentes! El piensa
hacerme quizá un obsequio
en mandarme alguna vieja
importuna y habladora
que me rompa la cabeza.
Sale Eulalia, que hace una cortesía, que anuncia su buena educacion.
Ola! no es vieja. *Eulalia.* Señor,
yo me doy la enhorabuena
de conocer un hermano
de la señora condesa
mi bienhechora. *Mayor.* Y yo aprecio
un bien que me lisonjea,
pues por él conozco á usted.
Eulalia. Sin duda la primavera
ha dado motivo al conde
de venir aquí. *Mayor.* No, bella
Miler, usted le conoce:

que haga sereno, que llueva,
poco le importa, con tal
de que su casa no sienta
la tristeza ni el enojo.
Amistad, amor y mesa
son los placeres de un alma
como la suya, y si llega
á reunirlos, vé aquí
su codicia satisfecha.

Eulalia. En verdad, que la ventura
le favorece: riquezas,
salud, todo contribuye
á su dicha; mas si hubiera
probado tal vez los males
que á la humanidad rodean,
aun al lado de su esposa
no gozaria de entera
felicidad. *Mayor.* Es muy cierto;
pero el alma epicurea
de mi cuñado disfruta
de un bien, que jamas altera
el dolor, y por gozar
de su libertad se dexa
el servicio, y por vivir
tranquilo.

Eulalia. Aquí? *Algo turbada.*

Mayor. Si no encuentra
estorbo en la soledad.

Eulalia. Señor, el hombre que alberga
un corazon libre y puro,
no puede encontrar en ella
sino la paz. *Mayor.* Yo aseguro,
que es esta la vez primera
en que una boca tan linda
hace su elogio. *Eulalia.* No crea
Usía, señor Mayor,
que mi sexô no respeta
la soledad, ni me haga
ese cumplimiento á expensas
de las mugeres. *Mayor.* Señora,
la verdad: ni usted es hecha
para vivir en el yermo,
ni yo imagino que tenga
atractivo para usted.

Eulalia. Señor Mayor, quando reyna
una constante igualdad
en nuestra vida, es inmensa
la rapidez con que pasan
nuestras horas: las ideas
de un dia retratan siempre
las del anterior; las mesmas
ocupaciones y el mismo
placer. Quando en una bella
madrugada me levanto
por gozar de la serena
luz del sol amaneciendo,
bendigo la omnipotencia
de la mano que derrama
vida en la naturaleza.
Dexa el ganado su establo,
y las tranquilas ovejas
van al prado: el labrador,
sacudiendo la pereza,
unce los amigos bueyes,
y los vientecillos suenan
con sus rústicos cantares.
Vuelvo á casa, y mis haciendas
particulares me ocupan
hasta que la tarde llega
y voy á regar mis flores::-
Mis flores, las compañeras
de mi soledad. En tanto
los mozos y las doncellas
me divierten con sus juegos
que dirige la inocencia,
hasta que el plácido sueño
y el cansancio nos dispersan.

Mayor. Es verdad, pero el invierno::-

Sale Peters.

Peters. Toma, ya está en la escalera;
yo no puedo mas.

Eulalia. Qué es eso?

Peters. Qué ha de ser? que se me cuela
Tobías::- aquí está ya.

Sale Tobías. Oh mi bienhechora! es fuerza,
es fuerza que yo::-

Queriendo abrazar los pies de Eulalia que lo impide.

Eulalia. Buen hombre::-
Válgame Dios! ¿no pudiera
usted venir á otra hora?
ya vé usted::-

Tobías. Muger modesta
tanto como virtuosa,
el señor::- *Mayor.* Y bien, qué intenta
este anciano? *Tobías.* Demostrar
la gratitud que me llena
todo el fondo de mi alma

á los pies::- *Eulalia.* Mañana es buena
ocasion. *Mayor.* Déxele usted
Con viveza.
y permita que yo sea
testigo de un accidente,
que me dice en lo que emplea
la bella Miler el tiempo.
Habla, buen viejo, y consuela
tu corazon. *Tobías.* Ah señor!
si cada palabra fuera
una bendicion celeste!
Yo estaba en mi cabañuela
abandonado y enfermo,
y mi débil exîstencia
caminaba hácia la muerte.
La lluvia, el viento, la intensa
nieve entraban en mi choza,
y yo en una vieja estera
desnudo, pobre y enfermo,
aun no tenia siquiera
unas migajas de pan
que dar á mi perro en prueba
de gratitud á su amor.
En esto que Miler llega
como el ángel del consuelo;
me da favor, me dispensa
remedios, y todo quanto
necesitaba en mi extrema
situacion; pero la gracia
de su virtud, su halagüeña
oficiosidad, lográron
recuperar la flaqueza
de mi vejez::- Ah! yo vivo,
yo vivo, y gozo la eterna
luz del sol por su piedad.
Y querrá que no agradezca
mi sensible bienhechora?::-
Se arrodilla.
Eulalia. Por Dios, buen viejo:::-
Tobías. Modesta
Miler, dexe usté que riegue
Ella lo impide.
con mis lágrimas la tierra
que pisa; dexe que bese
la mano que se interesa
en mis males, y por quien
bendice la Providencia
mi vejez. El extrangero
que ha venido á nuestra aldea
me ha dado el oro que veis
para rescatar la prenda
de mi amor, al hijo mio.
De aquí voy á la bandera,
le rescato, lo desposo
con una jóven honesta,
y quizá tendré el placer
de ver en la propia mesa,
de poner en mis rodillas
los frutos de su terneza.
Y si acaso pasa usted
alguna vez por la puerta
de mi cabaña, qué gozo
será para su alma bella
decir: estos son felices
por mi piedad.
Eulalia. Ah! qué pena
me está usted dando, Tobías!
basta. *Como suplicando.*
Tobías. Sí, basta: mi lengua
es incapaz de explicar
quánto es el placer que prueba
mi corazon este instante.
Le besa la mano de por fuerza, y Peters se va limpiando las lágrimas.
Muger virtuosa y tierna,
solo Dios y tu virtud
pueden ser tu recompensa.
Vase y Peters.
Eulalia. Mucho tardan ya los condes.
Mayor. No, bella Miler, no quiera
usted distraerme acaso
de la deliciosa idea
de su virtud. Ah! qué poco
discurrí yo hallar en esta
soledad una muger
como usted!
Eulalia. Pues qué una escena
tan simple puede causaros
admiracion? *Mayor.* Yo quisiera
saber (perdone usted, Miler,
una curiosidad necia)
si usted ama, y si es casada.
Eulalia. Lo fuí.
Pasa repentinamente á la tristeza desde la alegría que aparentaba.
Mayor. Luego usted, en esa
suposicion, es viuda!
Eulalia. Ay señor! hay ciertas cuerdas

en el corazon humano,
que si las pulsan resuenan
con dolor. Perdone Usía,
voy á ver si el conde llega. *Vase.*
Mayor. Vaya usted, que ya la sigo.
Válgame Dios! quién creyera
hallar en la soledad
de una miserable aldea
tal muger! piadosa, noble,
y como bella modesta.
Quién será? pero qué importa
que sea ilustre ó no sea
para los hombres de bien?
No es mi corazon de piedra,
ni cerrado á la virtud:
no es compasiva, no es bella,
no la amo? pues vé aquí
sus títulos de nobleza.

ACTO SEGUNDO.

La escena se representa en el salon antecedente. Salen el Conde, la Condesa, el Mayor, Eulalia, Biterman, Peters, un Postillon, dos Lacayos y una Camarera de la Condesa que trae un niño de la mano.

Conde. En fin llegamos, el Cielo
bendiga nuestra jornada
como puede. Bella Miler,
cansado de mis campañas,
en las banderas de usted
vengo á tomar una plaza.
Eulalia. Mis banderas, señor conde,
ya solo en la retirada
se despliegan. *Conde.* Sin embargo,
los amores y las gracias
vuelan en contorno suyo.
Condesa. Vaya, amado esposo, vaya,
usted parece que olvida
que estoy aquí. *Conde.* Pero amada
esposa, bien puedo yo *Remedándola.*
hacer tambien lo que acaba
de hacer su hermano de usted,
que ha rebentado las jacas
de mi tiro, por llegar
con dos horas de ventaja.
Mayor. Si hubiera sabido quanto
tienes de amable en tu casa,
dirias bien. *Condesa.* Cara Miler,
voy á complacer el alma
de usted como lo desea.
Este niño es de mi hermana,
de mi pobre Carolina,
que ha muerto la desgraciada,
y le dexa sin amparo,
con que suplamos su falta
entre las dos. *Niño.* Tia mia,
es otra mamá? qué guapa!
ay! pues yo la querré mucho.
Condesa. Bien, Eugenio.
Al oir Eugenio se turba Eulalia, y despues profundamente pensativa se inclina hácia el Niño.
Eulalia. Qué se llama
Eugenio? Qué bello nombre?
Niño. Yo soy Eugenio.
Eulalia. Qué gracia!
Conde. Y bien, Biterman, yo creo,
Dando á Biterman su espada y sombrero, y se sienta.
que nos tendrás preparada
una regular comida.
Biterman. Señor, no será muy mala.
Mayor. Oye, condesa, quién es *Ap. á ella.*
ese tesoro que guardas
en este campo? *Condesa.* Oh, señor
enamorado, y que alma
tiene tan tierna! *Mayor.* Responde.
Condesa. Y bien, qué quieres? se llama
Miler. *Mayor.* Sí, ya lo sé; pero...
Condesa. Pero yo tampoco sé nada
mas. *Mayor.* Oh! no burles.
Condesa. No burlo.
Vente conmigo á la sala
del conde, y allí verás
que lo ignoro. Eugenio, vaya,
ven á descansar un rato.
Querida Miler, no salga
usted de aquí; pronto vuelvo,
y en la compañía grata
de usted espero gozar
quantos gustos me prepara
la soledad que amo tanto.
Vanse la Condesa, el Mayor, los Criados y el Niño.

Conde. Y bien, Biterman, aun gastas
aquel buen humor que siempre?
Biterman. Para servir á tan alta
Excelencia. *Conde.* Bien, yo espero
tener buenas temporadas
contigo. *Biterman.* Lo que es por mí
haré, señor, quanto haya
que hacer.

Por Peters, que le está haciendo cortesías quando le mira.

Conde. Quién es ese tonto?
y qué significan tantas
cortesías? *Biterman.* Con perdon
de su Excelencia se llama
Peters, y es mi hijo. *Conde.* Ah! sí.
Y cómo estamos de caza?
Biterman. Oh! de caza grandemente.
Mas yo he preparado varias
diversiones á mis amos.
Excelencia, es una octava
maravilla ver el parque:
obeliscos, lontananza,
ruinas y::- qué sé yo?
Por exemplo, allí á la entrada
del bosque, sobre el arroyo,
hay una puente labrada
á la chinesca::- mas cómo!
con qué solidez!
Conde. Pues vaya, *Se levanta.*
hombre, miéntras que comemos
llévame á ver esas raras
invenciones. *Biterman.* Sí, señor,
Biterman le da el sombrero.
pues Vuecelencia lo manda,
tendré el honor de servirle.
Peters. Yo tambien.
Conde. Pero, madama
Miler, usted trabajando,
sin hablar una palabra!
qué es esto? yo vuelvo pronto,
y quiero verla ocupada
seriamente en discurir
como variar las gracias
y los placeres del campo.
Vamos, que ya tengo gana
A Biterman.
de ver la puente chinesca.
Biterman. Es magnífica.

El Conde, Biterman y Peters parten por la derecha de los actores. Eulalia, que desde que se fué la Condesa se puso á bordar, derramando lágrimas sobre el bastidor, sumergida en una profunda meditacion que solo interrumpe su llanto, despues de haberse ido los de la escena anterior, dice, ya puesta en pie.

Eulalia. Qué pasa
en mi corazon? Dios mio!
qué mocion inesperada
ha sentido, que mi llanto
jamas con tanta abundancia
se vertió! quando el dolor
me obedecia, las gracias,
la presencia de aquel niño
han aniquilado el alma
de una infeliz. Ay! su nombre
me recuerda quanto amaba
mi corazon en la tierra.
Tambien esta madre ingrata
tiene un Eugenio! un Eugenio!
cuya maternal crianza
no es obra mia. Si ha muerto!
quién sabe si ante las plantas
del Dios de los inocentes
él y mi pequeña Amalia
piden contra mí? ó idea
cruel! por qué despedazas
mi corazon, y su llanto
moribundo me retratas,
sino hay remedio? por qué
me pintas su amable infancia
luchando contra el dolor,
é implorando en su desgracia
la compasion que les niega
una mano mercenaria?
Y cruel los abandona
su madre desventurada
é insensible! ay! quán culpable
criatura soy! se me arranca
el corazon al pensarlo.
Y quando, quando mi amarga
pena me devora el pecho!
quando debo en mis palabras
aparentar un placer
de que no goza mi alma.
Sale Peters apresurado y gritando.
Peters. Ay Dios mio, ay!

Eulalia. Qué es eso?
Peters. Que el conde ha caido al agua,
y su Excelencia se ahoga.
Eulalia. Pero ha muerto?
Peters. No le falta
mucho; pero no se ha muerto.
Eulalia. Pues no grites, vamos, calla,
que su esposa::-
Peters. Qué no grite?
ay Dios mio de mi alma!
Gritando mas.
que se ha mojado el señor.
Salen la Condesa y el Mayor.
Condesa. Por qué das voces?
Mayor. Quién causa
ese ruido? *Eulalia.* Señora,
un ligero acaso, nada;
ya está fuera de peligro
el conde: es verdad? *A Peters.*
Condesa. Madama,
pues qué ha sido?
Peters. La maldita
puente chisnesca::- y estaba
fuerte; pero, ya se vé::-
tambien el señor se agarra
de los maderos! si aquello
no está para sufrir chanzas.
Toma, así que los tocó,
puf, se cayeron al agua,
y el señor se fué detras.
Condesa. Ay mi esposo!
Eulalia. Pero, vaya, *A Peters.*
no le sacasteis al punto?
Peters. Quién? yo y mi padre? ya baxa!
lo que hicimos fué gritar,
y gritar por las cabañas.
A nuestros gritos llegó
aquel hombre que no habla
nunca, y soltando la ropa
se tiró de un salto al agua,
agarró al señor de un brazo,
en la orilla me le planta
bueno y sano, y se marchó
sin decir una palabra.
Condesa. Ay hermano! ay Miler mia!
venid, corramos en alas
del deseo á dar al conde
nuestro favor, y las gracias
al generoso extrangero,
que le sacó de las aguas.
Vanse precipitados.

El teatro representa la escena primera del primer acto. El Baron aparece sobre un asiento rústico, y de allí á un momento sale Frantz.

Frantz. Quiere usted comer?
Baron. No. *Frantz.* Vamos,
un pichon. *Baron.* No tengo gana;
come tú. *Frantz.* Quizá el calor::-
Baron. Puede ser.
Frantz. Pues bien, se guarda
para la noche? *Baron.* No, come.
Frantz. Me da usted licencia para
Despues de algun silencio.
hablarle un poco?
Baron. Sí, Frantz.
Frantz. Pues, señor, usted acaba
de hacer una buena accion.
Baron. Quál? *Frantz.* La de salvar::-
Baron. Oh! calla.
Frantz. Sabe usted á quien?
Baron. A un hombre.
Frantz. Pero un hombre que se llama
el conde de Walberg. *Baron.* Bien.
Frantz. Ese proceder me arranca
Otro silencio.
mil lágrimas de ternura.
Baron. Qué debilidad!
Frantz. Un alma
tan noble! tan generosa!
Baron. Tú me adulas? vamos, basta,
Se levanta.
vete. *Frantz.* Quando yo en silencio
pienso en la jamas exhausta
piedad de usted; en el gozo
con que alivia las amargas
penas de qualquiera hombre,
y que á pesar de tan grata
virtud no es usted felice,
se me parten las entrañas
de dolor. *Baron.* Ay buen amigo!
Alargando la mano.
Frantz. Amado señor, si tanta
La coge y habla.
melancolía procede
de alguna enfermedad rara,
yo sé de un Médico docto,
que quizá podrá curarla.

Baron. Ay Frantz! mi mal es aquí,
Pone la mano sobre el corazon.
y á esta enfermedad no alcanzan
los remedios. *Frantz.* Con que luego
es usted por otra causa
realmente desdichado,
siendo tan bueno? Qué amarga
situacion es la de usted!
Baron. Yo sufro, sin que lo haya
merecido. *Frantz.* Pobre amo!
Baron. Olvidas que esta mañana
dixo el anciano: aun hay otra
vida mas feliz? pues calla,
esperemos y suframos.
Frantz. Esperemos. *Baron.* Frantz.
Despues de algun silencio.
Frantz. Qué manda
usted? *Baron.* Es fuerza partir.
Frantz. Y adonde será la marcha?
Baron. Dios lo sabe.
Frantz. Yo estoy pronto
á seguir á usted.
Baron. Me engañas,
Frantz?
Frantz. Señor, hasta la muerte.
Baron. Ay! oxalá! allí descansa
Con vehemencia.
para siempre el infelice.
Frantz. El justo goza de calma
en todas partes. Qué importa
la tempestad que amenaza
en derredor de nosotros,
si vive tranquila el alma?
fuera de que, no está usted
contento en su solitaria
habitacion? *Baron.* No: mil gentes
desconocidas acaban
de llegar á este castillo;
y los que ignoran las gracias
de la soledad acaso
llamarán extravagancia
y ridiculez mi humor.
Frantz. No, señor, la temporada
que le habiten será corta:
es un enxambre que vaga
aquí y allí, sin deseo
de posar sobre las ramas
de la soledad: la moda
le trae aquí, y mañana
el frio y la moda misma
le llevarán de reata
á su primera colmena.
Baron. Me parece que acibaras
tu reflexîon. *Con desconfianza.*
Frantz. Ello es fuerza
mezclar tal vez con las gracias
la seriedad. *Baron.* Y presumo,
que acaso quando le falta
objeto á la burla tuya,
lo soy yo.
Frantz. Quién, usted? vaya,
volved á caer de nuevo
en esa desconfianza
universal. Es posible::-
Baron. Pero aguarda, Frantz, aguarda:
Mirando adentro.
qué uniformes, qué plumages
son aquellos que se alcanzan
á ver? huyamos. *Frantz.* Huyamos.
Baron. Y presto: si yo tardara
en hacerlo, era preciso
cerrar por siempre mi estancia
á su importuna visita,
y yo en ellos no extrañara,
que á mi pesar penetrasen,
hasta mi retiro: basta,
que llegan, voy á cerrar
mis puertas y mis ventanas. *Vase.*
Frantz. Y yo aquí de centinela.
Paseando.
Con efecto no se engaña
en que á nosotros nos buscan;
pero al cabo, si ellos tratan
de saber quien es mi amo,
será en valde: no sé nada,
y nada sabrán.
Salen al bastidor la Condesa y su hermano.
Condesa. Hermano,
aquel que por allí anda
será su criado. *Mayor.* Amigo,
Se acercan.
podríamos ver mi hermana
y yo al extrangero? *Frantz.* No.
Mayor. Con pocos minutos bastan
para verle. *Frantz.* Se ha encerrado.
Condesa. Dígale usted, que una dama
se lo suplica. *Frantz.* Ay señora,

es en vano. *Condesa.* Cosa rara!
aborrece á las mugeres?
Frantz. A toda la especie humana.
Condesa. Y por qué?
Frantz. Acaso le habrán
engañado. *Condesa.* Extravagancia
poco galante! *Frantz.* Es verdad;
pero tambien quando halla
ocasion de dar la vida
á un hombre, corre y le salva,
exponiéndose á la muerte.
Mayor. Mas vale que no la falsa
y necia galantería:
pero tampoco una vana
ceremonia nos conduce
aquí para darle gracias.
La esposa pues y el cuñado
de aquel á quien de las aguas
ha libertado, desean
hacerle ver la eficacia
de su gratitud. *Frantz.* Tampoco
gusta mucho de eso. *Condesa.* Vaya,
que es un hombre singular.
Frantz. Que solo vive en la calma
de la soledad. *Condesa.* No obstante
yo quisiera verle para
saber quien es.
Frantz. Yo tambien.
Condesa. Pues usted que le acompaña
no le conoce. *Frantz.* Y muy bien:
esto es, conozco el alma
virtuosa que le anima;
porque á la verdad, madama,
juzga Vuecencia que solo
con saber el nombre basta
para conocer el hombre?
Condesa. Tiene usted razon, me agrada
ese modo de pensar.
Y usted quién es?
Frantz. Yo, madama::-
un criado de Vuecencia. *Vase.*
Condesa. Sin duda la extravagancia
de parecer singular
encierra en esa cabaña
á este hombre. *Mayor.* Y el criado
le imita bien. *Condesa.* Pues ya basta
de importunidad. Ahora
volvamos atras, que tardan
mi marido y nuestra Miler.
Mayor. Escúchame antes, hermana.
El accidente del conde
nos interrumpió en la sala
del castillo, y aun ignoro
lo que le importa con tanta
verdad á mi corazon.
Quién es esta muger sábia,
esta muger singular,
cuyas virtudes y gracias
me han enamorado tanto?
yo te lo suplico, habla.
Condesa. No sabes ya, que lo ignoro?
qué te admira? es una exâcta
verdad. Quando yo la ví
por primera vez en casa,
me pareció sumergida
en su dolor, y entregada
á la tristeza. Con todo
no le pregunté la causa
de su pesar, porque juzgo
que los secretos que guarda
el desventurado, son
su desventura, y un alma
sensible ha de distraer
al infelice que calla
del objeto de su llanto.
Mayor. Pero cómo tuvo entrada
en tu casa? *Condesa.* Veslo aquí.
Tres años habrá que estaba
yo en el castillo, y un dia
por la tarde mis criadas
me dixeron, que una jóven
solicitaba la gracia
de hablarme. Dixe que bien;
quando pareció madama
Miler con esta modestia,
esta sencillez que arrastra
el amor; pero sus ojos
con mil signos demostraban
el tormento roedor,
que se ha convertido en grata
y dulce melancolía.
Ella se arrojó á mis plantas,
pidiéndome que salvase
á la mas desventurada
de la tierra. Yo sensible
á su llanto y á las gracias
de su juventud, la alcé,
prometiéndola mi casa,

mi proteccion y mi amparo,
sin afligir mas su alma
con preguntas dolorosas;
pero procuré con ansia
conocerla: y advirtiendo
la virtud que se hospedaba
en ella, muy desde luego
no la admití por criada
como pidió, sino amiga.
Un dia pues que pasaba
con ella por estos campos,
la ví absorta, enagenada,
y con el alma en los ojos,
contemplando la inexhausta
é imponderable belleza
de estas plácidas campañas.
Por lo mismo la propuse
mi castillo por morada
constante de su infortunio.
Ella, sin que otra palabra
pudiese articular, coge
mi mano, la besa y baña
con llanto; su corazon
agradecido brillaba
en su llorar silencioso.
Desde entónces, retirada
en mi castillo, prodíga
su piedad en las cabañas
del contorno con secreto:
y en fin, Mayor, adorada
de quantos la vén, habita
en mis campos solitaria.
Vé aquí, amigo, lo que sé.
Mayor. Poco, á la verdad, ó nada
para dexar satisfecho
mi deseo; pero basta
para mi resolucion.
Ayúdame; tu eficacia
puede hacer que se declare;
y con tal que sea honrada
su familia, es mi muger.
Condesa. Quién? *Mayor.* Miler.
Condesa. Hermano::-
Mayor. Hermana::-
querrás decir::-
Condesa. Poco á poco.
Las máximas que reclaman
la igualdad de los estados
no juzgues que son extrañas
para mí: pero vivimos
en sociedad, y la vara
de la opinion::- *Mayor.* Enriqueta,
en vano, en vano te cansas:
la virtud es siempre noble.
Una pasion no esperada,
tan rápida como activa,
me subyuga y arrebata.
Yo no repugno á esconderme
en la tranquila morada
de la obscuridad, si en ella
puede reposar el alma
en paz y dichosa. *Condesa.* Pero
ya vés tú, que no me falta
que responder: tú Mayor,
debes respetar tu casa
y á tus amigos. *Mayor.* Yo debo
(concluyamos pues, hermana)
ser feliz y hacer felices
á mis hijos, y me basta
mi corazon para guia.
Condesa. Ahora el amor apaga
las luces de tu razon,
y no adviertes en las causas
que pudieran destruir
tu intencion. ¿Quizá madama
Miler podrá recibir
tu oferta sin repugnancia?
Mayor. Vé ahí para lo que imploro
tu persuasion y tu gracia.
Bella Enriqueta, conoces
mi corazon á quien cansa
y siempre cansó la necia
galantería. La llama
del amor, ó lo que usurpa
su nombre, no tuvo entrada
jamas en él, y un amigo
en otro tiempo llenaba
toda su capacidad:
hoy amo en fin, y me arrancas
la felicidad, si estórbas
una union tan deseada.
Pero compadéceme,
habla por mí. *Condesa.* La palabra
te doy de hacerlo, aunque veo
tu error. No te persuadas,
sin embargo, que confio
convencerla::- pero calla,
que llegan aquí::-

Salen Eulalia y el Conde por la derecha.

Conde. Por Dios,
señora Miler, que anda
usted por doce: no, amiga,
para el necio que apostara
con usted.

Eulalia. Esto es costumbre,
y á las dos ó tres semanas
que Vuecencia lo exerciera,
no le costaria nada
el andar. *Conde.* Y dónde está
Biterman? le daré gracias
por su puente á la chinesca,
que á fe mia, es una alhaja
digna de un príncipe.

Condesa. Y bien,
dime, ahora dónde estabas,
que te íbamos á buscar?

Conde. Dónde estaba? con madama
venia; yo no sé mas,
porque, amiga, miéntras habla
Miler no sé donde estoy.

Eulalia. En la colina cercana,
hemos estado en la orilla
del rio que su pie baña,
y fertiliza el contorno.

Conde. A la verdad, que es muy grata
y amena la perspectiva
que ofrece nuestra comarca;
mas oir la descripcion
poética y entusiasta
de las bellezas del campo
en la boca de la sábia
Miler, es mas agradable.
Con todo, si no se enfada *A Miler.*
usted, basta de paseo:
me ha cansado la mañana,
y luego el salto que he dado
por Biterman.

Condesa. Si te cansas,
vamos al castillo. *Conde.* No;
yo estoy fatígado para
andar de nuevo, y la sed
me molesta: que nos traigan
cerbeza Inglesa. Mayor,
qué tal? baxo la enramada
la beberémos. *Condesa.* Muy bien;
y en tanto que tú descansas,
la bella Miler, si gusta,
me acompañará. *Conde.* Pues vaya,
no os alejeis. Voto va!
que no hay ninguno de casa,
que vaya por la cerbeza.
Ello es cierto, que me enfada
un holgazan de lacayo,
que me cuente las pisadas;
mas ahora::- allí está Peters,
Mirando adentro.
que anda á vueltas con las ramas
de un peral. Peters, muchacho,
eres sordo?

Dentro Peters. Quién me llama?

Conde. Yo; ven acá, que otro dia
te comerás las que faltan.

Dentro Peters. Voy allá. *Conde.* Pronto.

Sale Peters con muchas peras en el seno.

Peters. Aquí estoy.

Conde. Mira, vete sin tardanza
al castillo por un frasco
de cerbeza (y no te caigas
con él) que lo llevarás
allí debaxo: despacha.

Peters. Voy corriendo. *Vase.*

Conde. Señoritas,
hasta luego.

Se van por el fondo de la derecha.

Condesa. A Dios. Madama
Miler, y bien, qué os parece
mi hermano?

Eulalia. Que en él se hallan
mil prendas que le hacen digno
de serlo. *Condesa.* Ya yo esperaba
una lisonja de usted.

Eulalia. Muy léjos de qualquier vana
consideracion, le miro
como á un hombre á quien no falta
ni el valor, ni la virtud.

Condesa. Bella Miler, ni gallarda
persona: no es verdad?

Eulalia. Sí.

Condesa. Pero un sí, dicho con tanta
Remedándola con amistad.
indiferencia es un no:
y sin embargo idolatra
en Miler. Qué dice usted?

Eulalia. Que una burla poco urbana
no es digna de Vuecelencia;
pero esta será una chanza

inocente, y sin embargo
está mi alma tan lejana
de admirarla::- *Condesa.* Como usted
de ser el objeto: basta,
que os hablo con seriedad.
Eulalia. Yo nò afectaré una falsa
Llena de embarazo.
modestia; pero Vuecelencia
me confunde y embaraza.
Fué un dia, es verdad, señora,
en que brilló alguna gracia
en mí; pero el infortunio
ha borrado en su venganza
las facciones de mi rostro.
Ay! Solo la paz, la calma
del corazon embellecen
á la muger, y las gracias
de que se enamora el justo
debe anunciar un alma
tan pura como tranquila.
Condesa. Oxalá que yo probara
la satisfaccion de ser
tan venturosa!
Eulalia. Madama, *Con vehemencia.*
oh! no lo permita el cielo!
Condesa. Cómo? *Admirada.*
Eulalia. Perdonad la causa
de mi agitacion. Señora,
soy una desventurada.
Tres años de pena y llanto
no hacen digna mi desgracia
del amistad de Vuecencia;
pero sí de su inexhausta
misericordia. *Quiere irse.*
Condesa. No; Miler,
venga usted acá; se trata
de un asunto, que merece
atencion. La inesperada
sentencia, que usted se impone,
á la verdad, no me causa
extrañeza: usted parece
á un enfermo que juzgaba
ver el infierno á su lado,
y este infierno solo estaba
en su cabeza. *Eulalia.* Ah señora!
que el infierno me acompaña
en el corazon por siempre.
Condesa. Miler, la amistad es grata
Tomándole las manos.
y consoladora. Nunca
exîgí la confianza
de usted sobre su infortunio,
y ha tres años que mi casa
oculta su desventura;
mas hoy otra nueva causa,
me anima para saberla.
Usted habla con su hermana,
con su amiga, y para prueba
un hombre de bien os ama.
Usted quizá llamará
ligereza lo que acaba
de oir; pero, amiga mia,
mi hermano posee una alma
sensible, un corazon noble,
y una virtud no violada.
El buscaba una muger,
que reuniese la sábia
educacion y belleza;
y la virtud y las gracias
le han enamorado en Miler.
La primera vez que hablaba
con usted, su compasion,
su beneficencia::- vaya,
Miler demuestra vergüenza.
cara Miler, no prosigo,
porque juzgo que se agravia
la modestia generosa
de usted. En una palabra,
él aspira á ser su esposo:
su felicidad descansa
en usted sola; y supuesto
que usted me vé interesada
en saber su desventura,
haga usted mas confianza
de su amiga. Bella Miler,
Con la ternura de amistad.
mi corazon se dilata
para recibir sus penas,
haga usted por derramarlas
en él, y lloremos juntas,
si yo no puedo aliviarlas.
Eulalia. No hay remedio, el sacrificio
mas doloroso que el alma
me sugiere arrepentida
es renunciar voluntaria
á la estima de los buenos.
Es preciso. (Triste Eulalia, *Aparte.*
empieza á pagar tu culpa.)

Nunca oyó Vuecencia::- Ay! basta,
Apartándose con miedo.
perdon::- Nunca oyó Vuecencia
el nombre? ::- Desventurada!
Quánto es cruel disipar
la ilusion en que apoyaba
Vuecencia su compasion!
(Pero una muger culpada *Aparte.*
podrá ser tan orgullosa!
No hay remedio.) En fin, madama,
nunca oyó Vuecencia el nombre
de la criminal Eulalia,
baronesa de Menó?
Condesa. Que vivia en la cercana
Corte? Sí, Miler, y juzgo
que ha causado la desgracia
de un hombre de bien.
Eulalia. Dios mio!
de un hombre de bien!
Condesa. Ingrata!
y dicen que con un jóven
huyó la infiel de su casa.
Eulalia. Verdad, verdad::- ah señora!
Se arrodilla.
dexa que inunde tus plantas
con mi llanto; no me niegues
una infelice morada
donde pueda yo morir.
Condesa. Gran Dios!y qué es lo que habla
Apartándose de ella.
esta muger? usted es?::-
Eulalia. Yo, la mas desventurada
y abominable criatura.
Condesa. Usted será?::- Desgraciada!
El corazon se le rompe
de dolor, y mis entrañas
se conmueven con su llanto.
Vamos, alce usted: su amarga
situacion me compadece;
pero evitemos que salga
de nosotras un secreto,
que usted con razon callaba.
Eulalia. Ah! mi conciencia, señora,
mi conciencia me amenaza
con su grito vengador.
No me aborrezcais. *Condesa.* Eulalia,
no, yo no aborrezco á usted.
Sus virtudes, sus desgracias,
su mismo remordimiento
no borrarán una falta
tan odiosa; pero nunca
negaré á usted en mi casa
un apesento en que llore
de un esposo que la amaba
la pérdida irreparable.
Empieza á vagar furiosa por el teatro.
Eul. Irreparable! *Condesa.* Oh! inocente,
oh! desgraciada muger!
Eulalia. Y mis hijos!
Condesa. Basta, basta,
por Dios. *Eulalia.* El sabe si viven!
Condesa. Pobre madre!
Eulalia. Me arrebatan
al hombre mas virtuoso.
Condesa. Infeliz!
Eulalia. Que idolatraba
en esta muger indigna. *Con terror.*
Mísera yo! Si su alma
inocente me acrimina
ante Dios!
Condesa. Ah! cómo vagan
sus ojos con el furor!
Eulalia. Murió para mí!
Condesa. La espada
del dolor hiere su pecho.
Eulalia. Padre mio! tu malvada
hija te cuesta la vida.
Condesa. Quán cruel es la venganza
de la ultrajada virtud!
Eulalia. Y yo vivo!
En todo el incremento de la pasion.
Condesa. Desdichada,
quién habrá que te aborrezca,
viéndote llorar? La falta
Á ella con amor.
de usted, infelice amiga,
quizá no habrá sido tanta.
La debilidad de usted
ha sido un sueño, una vana
y pasagera ilusion.
Eulalia con viveza.
Eulalia. No, no, mi culpa es bien clara,
bien horrorosa, y querer
hacerla menor agrava
mi tormento:.- Ah! nunca, nunca
es mayor, que quando trata
mi razon de disculparme:
no hay disculpa, ni se halla

para mi crímen. El triste
consuelo mio dimana
de saber que he merecido
la exêcracion de las almas
justas. *Condesa.* Pero tambien ellas
no le negarán su gracia
á las lágrimas de usted.
Eulalia. Ah! si Vuecencia lograra
Mas tranquila.
conocer á mi buen Cárlos!
quando esta muger ingrata
le vió::- ay! él reunia
las virtudes y las gracias:
apenas tenia yo
quince años.
Condesa. Y casada
quánto estuvo usted primero
que abandonase la casa
de su marido? *Eulalia.* Dos años.
Condesa. Pues luego ve aquí la causa
de un yerro á que no asentía
el corazon: su temprana
juventud.
Eulalia. La juventud
no me disculpa, madama.
Oh inocente padre mio!
tú grabastes en mi infancia
los principios del honor.
Condesa. Lo creo; pero la incauta
inexperiencia resiste
á la seduccion? y quántas,
quántas veces ha caido
la virtud en las lazadas
de un corruptor cauteloso!
Eulalia. Pues vé aquí lo que se llama
incomprehensible en mi yerro.
El autor de mi desgracia,
y cómplice del delito
se confundia en su nada
comparado con mi esposo.
Mas su lengua inveterada
en la seduccion, sabia
pintar cruel y tirana
la virtud de Cárlos: este
tampoco lisonjeaba
los caprichos de mi luxo,
que tanto aprecian las almas
nuevas como yo imprudentes,
y la eloqüencia malvada
de mi corruptor indigno
seducia é inflamaba
mi vanidad. En fin::- ay!
padre, esposo, hijos::- (oh! caras
prendas!) todo lo dexé
por seguir::- á quién? La innata
providencia se ha vengado,
permitiéndome que abra
los ojos sobre mi culpa.
Mil tormentos despedazan
mi corazon. Ah! yo siento
Se señala al corazon.
aquí, aquí::- Justicia santa
de mi Dios! yo lo merezco,
y te adoro en tus venganzas.
Condesa. Pero un alma virtuosa
no pudo hacer dilatada
su ignominia.
Eulalia. Lo bastante
para jamas expiarla.
Ah! sin duda mi embriaguez
pasó prestó, y en la amarga
pena que me circuia,
invoqué desconsolada
el hombre á quien ofendí;
pero en vano: procuraba
tal vez escuchar el llanto
de mis hijos, que llamaban
á su madre, pero en vano.
Condesa. Dexemos ya tan ingratas
memorias. Usted, en fin,
huyó de aquella tirana
cautividad?
Eulalia. No pudiendo
soportar la odiosa carga
de mi error, vine á buscar
un asiló en la morada
de la virtud generosa,
donde pueda mi desgracia
llorar y morir.
Condesa. Amiga,
desde ahora se derrama
en mi corazon su llanto:
oxalá hiciera mas grata
la suerte de usted mi amor,
animando su esperanza!
Eulalia. Ah! nunca, nunca.
Condesa. Y usted
qué sabe del baron? *Eulalia.* Nada.

Solo sé que abandonó
su mansion amancillada
con mi desdoro.
Condesa. Y los hijos?
Eulalia. Los llevó consigo.
Condesa. Basta
por ahora, que mi hermano
y el conde vuelven. Eulalia,
usted componga su rostro,
y oculte su desgraciada
situacion, yo prometo
informarme donde pára
el baron.
Salen el Conde y el Mayor.
Conde. Y bien, señoras,
no hacemos la retirada?
Condesa. Quando quieras.
Conde. Dí, condesa,
es cosa de que haga falta
el extrangero á la cena?
Condesa. Ni siquiera una palabra
nos ha querido escuchar.
Conde. A la verdad, que es bien rara
criatura; pero no importa,
es fuerza que yo le haga
conocer mi gratitud.
Conduzcamos estas damas
al castillo, y tú, Mayor,
si quieres, me harás la gracia,
de suplicarle que venga.
Dile, que le hago la instancia
por tí, por no sonrojar
su modestia; que le aguarda
el objeto de su zelo
generoso, y que si tarda
en venir, iré yo mismo
á sacarle de su estancia.
Mayor. Yo admito la comision,
y la haré con eficacia
y placer. Su beneficio
es de aquellos que se graban
en un corazon sensible,
y que la amistad consagra.
El Conde dá la mano á Eulalia, que aparenta serenidad: el Mayor da el brazo á su hermana, que no se atreve á mirarle. Por la posicion, la Condesa está cerca de Eulalia, y le pasa el brazo por el cuerpo con amistad.

ACTO TERCERO.

Sale Frantz con un cestillo en la mano, en el qual se supone, que trae la comida que quiere hacer en aquel campo.
Frantz. A la verdad, esta vida,
pacífica es de mi genio,
y no las agitaciones
anteriores. El sosiego
del corazon hace grato
qualquier frugal alimento,
que como tranquilo siempre
baxo este sereno cielo.
Pero quién viene?
Sale el Mayor. Querido,
llame usted al extrangero,
que quiero hablarle. *Frantz.* Señor,
es imposible; mi dueño
huye de hablar con los hombres.
Mayor. Vaya usted, en el supuesto
de que no soy un ingrato.
Le ofrece un bolsillo.
Frantz. No necesito dinero.
Mayor. Pues bien, amigo, siquiera
satisfaga usted mis ruegos.
Dígale usted á su amo,
que el sacrificio ligero
de tres ó quatro minutos
no le podrá ser molesto
é importuno: que yo soy
un militar tan sincéro
como él generoso; en fin,
quanto pueda darle peso
á mi súplica: sí, amigo.
Frantz. Voy, señor, á ver si puedo
Despues de algun silencio.
hacerle venir. *Vase.*
Mayor. Muy bien.
Pero si viene, qué medio
tomaré para introducir
mi súplica? no me acuerdo
de haber tratado en mi vida
misantropo mas austéro
ni decidido: yo ignoro
cómo hablar con un sugeto
á quien su misma exîstencia,

y á quien todo el universo
se le han hecho insoportables.
El Baron y Frantz por la izquierda.
Frantz. Aquel es.
Baron. Vuélvete adentro.
Quién me busca?
Mayor. Usted perdone,
caballero, sí::- que veo!
eres tú, Menó?
Baron. Horts mio! *Se abrazan.*
Mayor. Mi buen amigo! es un sueño?
Baron. No: yo soy.
Mayor. Válgame Dios!
Mirándolo con dolor.
qué pesares han deshecho
tu noble fisonomía?
Baron. La mano del vituperio
y la desventura::- (Carlos! *Aparte.*
calla, calla) y di, qué objeto
te conduce á mi cabaña?
Mayor. El de hablar á un extrangero
insocial, y vésme aquí
llorando en el dulce pecho
de mi Cárlos. *Baron.* Luego tú
no sabias que en el centro
de esta soledad vivia
Menó? *Mayor.* No, amigo; el suceso
de haber salvado la vida
de mi cuñado me ha hecho
venirte á buscar en nombre
de su gratitud: primero
te vino á llevar mi hermana
consigo al castillo, á efecto
de hacerte gozar el fruto
de tu beneficio en medio
de su inocente familia;
yo en fin venia de nuevo
á suplicarte lo mismo,
y este acaso me ha devuelto
un amigo á quien lloraba
perdido por largo tiempo,
y de quien mi corazon
necesitaba el consuelo. *Le abraza.*
Baron. Soy tú amigo, sí, tu amigo;
tu corazon es sincéro
y virtuoso, y el mio
te ama como en un tiempo
te amó. Horts, ¿te lisonjea
una verdad que confieso
en la efusion de mi alma?
pues dame una prueba de ello,
dexándome para siempre.
Mayor. Quanto escucho y quanto veo
es incomprehensible, Cárlos.
Tú eres: pero echo ménos
aquel rostro, que anunciaba
tus virtudes, tu talento,
tu afabilidad y gracias,
que un dia constituyeron
tu carácter. *Baron.* Tú te olvidas
que estás hablando de tiempos
muy lejanos á nosotros.
Mayor. Muy lejanos? yo comprehendo,
que tu edad, que apenas llega
á treinta y seis años::- pero
por qué evitas las miradas
de un amigo? tienes miedo
de que conozca en tus ojos
tu dolor? ah! qué se ha hecho
aquella penetracion
con que leías lo interno
del corazon? *Baron.* Sí, Mayor,
Con una sonrisa dolorosa.
fuí muy hábil, lo confieso,
en leer los corazones.
Mayor. Ah! cómo agita tu aspecto
esa funesta sonrisa!
qué te sucede? que es esto,
amigo? *Baron.* Lances comunes;
Afectando ligereza.
el mundo::- nada::- sucesos
ordinarios::- Sino quieres
Volviendo á su primera seriedad.
que te maldiga, te ruego
que no preguntes nada;
y si tienes en aprecio
mi amor, déxame por siempre.
Mayor. Qué espectáculo tan nuevo
para mí! Caro Menó,
que despierten en tu pecho
las ideas del placer
anterior, y que tu muerto
corazon se reanime
á los ojos del primero,
del mejor de tus amigos.
Olvidas quizá los bellos
dias de nuestra amistad?
Aquellos dias serenos

y las pacíficas horas
en que el Dios del universo,
apareciendo en sus obras,
penetraba hasta los senos
del alma, y la disponia
á los plácidos afectos
de confianza y de amor?
Ay! en aquellos momentos
nos unimos para siempre!
te acuerdas, Cárlos?
Baron. Me acuerdo.
Procurando ocultar su turbacion.
Mayor. Y no merezco yo ahora
tu confianza? ah! no es cierto,
que tú y yo fuimos amigos
de los que reune un necio
capricho por un instante,
y el instante venidero
los desune: siempre juntos
hemos volado al encuentro
de la muerte::- Cárlos mio,
yo te juro que padezco
en recordarte las pruebas
de mi amor::- pero á lo menos,
reconoces esta herida?
Se descubre el pecho.
Baron. Ay hermano! ese sangriento
Le abraza.
golpe libertó mi vida;
pero qué don tan funesto
hiciste en ella á tu amigo!
Mayor. Habla, por Dios.
Baron. No hay consuelo
para mí. *Mayor.* Lloremos juntos.
Baron. Vé ahí lo que yo no quiero:
ya no hay mas llanto en mis ojos.
Mayor. Pero depon tus secretos
en mi corazon, y el tuyo
descansará. *Baron.* No hay remedio:
este mio es un sepulcro
cerrado; por qué de nuevo
abrirle á la luz? *Mayor.* Acaso
para cobrar tu primero
ser, tu dignidad antigua,
que has perdido. Me avergüenzo
de tí: un hombre tan prudente
dexarse hollar indiscreto
por la suerte? Tú no eres
mi buen Menó, compañero,
maestro y amigo mio:
la nobleza de tu recto
corazon debió elevarte
sobre tu destino adverso
y la injusticia del hombre.
Baron. Escucha. Que desde luego
Despues de un corto silencio.
piense de mí lo que quiera
ese mundo que aborrezco;
pero es fuerza, que al dexar
la sombra de tu primero
amigo, sepas la causa
que aniquiló sus afectos
mas plácidos para siempre.
Hermano! desde el momento
en que dexamos las tropas
de Francia, huyó sin remedio
la ventura de tu amigo.
El deseo lisonjero
de ser útil á mi patria
me fixó en ella. Defectos
de legislacion, y abusos
del poder diéron al zelo
de mi pluma un largo espacio;
y solo adquirí por premio
la certidumbre terrible
de que pueden ser los buenos
aborrecidos sin causa.
Herido en lo mas interno
de mi corazon, callé::-
Tardío conocimiento!
ah! los hombres no perdonan
nunca al virtuoso necio,
que ha querido ser mas sabio
que los otros: y en efecto,
tal fué mi suerte. Yo triste,
viví solitario y léjos
de la multitud. Mi patria,
esperando que en su seno
gozara yo de mis bienes,
me dió el no pedido empleo
de Teniente Coronel!
que admití, sin el anhelo
de ser mas. Mi coronel
murió, y en mi regimiento
habia tres oficiales
de mi grado y de mas precio
por sus méritos que yo.
Juzga tú quan satisfecho

me quedaria, si hubiera
recaido en uno de ellos
la eleccion; pero la dama
de un ministro sin talento
y con amor, dió aquel grado
á un mozo vano y soberbio,
que seis meses hace habia
hecho el primer juramento
en las banderas; y airado
pedí mi retiro. En esto
corriéron por la ciudad
mil sátiras y libelos
sobre su eleccion injusta,
que me imputáron. Yo, léjos
de humillarme á desmentirlos,
sufrí sin pavor los hierros
de una prision; pero apénas
me ví libre, dexé un pueblo
fatal á los virtuosos.
Confiado yo en mi recto
corazon y en mi tardía
prudencia, desprecié el riesgo
de vivir entre los hombres,
y vine á Casel. Risueño
todo, todo venturoso
me parecia en mi nuevo
domicilio: mi fortuna
y carácter me adquiriéron
varios amigos::- Amigos!
En fin, á muy poco tiempo
hallé una esposa inocente,
jóven, bella, y el modelo
de la virtud y las gracias.
Quánto la quiso mi tierno
corazon! y quán felice
viví con ella en el seno
de mi plácida familia,
y con el nombre alagüeño
de padre! Sí, amigo mio,
vé aquí los solos momentos
en que conocí la dicha::-
Ay mísero! Cómo? aun vierto
Limpiando los ojos.
lágrimas! ya no esperaba
derramarlas. Acabemos.
Uno á quien llamaba amigo,
y á quien juzgaba sincéro
y justo, robó mi casa.
Yo devoré el sentimiento
de mi pérdida, y tranquilo
conocí, que satisfecho
el corazon, no codicia
esos goces pasageros
del luxo: en fin desterré
de mi familia el exceso
inútil; y limitando
mi sociedad á un estrecho
círculo, conservé en ella
un jóven, cuyo modesto
lenguage, cuya conducta
justificaban mi aprecio,
á quien prodigué mi hacienda,
para quien obtuve empleos
y cargos::- y este seduxo
á mi muger en secreto,
y huyó con ella. Ya sabes
mi desgracia. Basta esto
para motivar mi odio,
odio universal y eterno:
y llamarás ilusion
mi afrenta y mi vituperio?
Ay! el alma de Menó
pudo soportar el peso
de los hierros, la injusticia
y la muerte; mas los hierros,
la injusticia, y aun la muerte,
qué pueden ser en cotejo
del agravio de una esposa,
el dulce y único objeto
de mi amor, y por quien solo
me fué grato el universo?
Mayor. No era digna de tí, Cárlos,
y llorar sin mas consuelo
por una muger infiel
es delirio. *Baron.* No me ofendo
de que llames como quieras
las afecciones que pruebo;
pero el corazon no cede
á la fria razon::- Cielos!
yo la amo aun.
Mayor. Dónde está?
Baron. Ni lo sé, amigo, ni quiero
saberlo. *Mayor.* Pero, y tus hijos?
Baron. En una aldea no léjos
de mi soledad se crian,
humildes á los preceptos
de una muger buena y necia.
Mayor Siempre Misantropo! Pero
por qué no viven contigo
como el único remedio
de hacer menos dolorosa
tu existencia?

Baron. No, su aspecto,
copia de una ingrata madre,
me ofreceria el recuerdo
de mi fugitiva dicha:
y en fin, amigo, no puedo
sufrir en rededor mio
ni los niños, ni los viejos,
ni los hombres; y si el uso
no me hubiera casi hecho
indispensable un criado,
no sufriria el que tengo,
aunque sé que entre los malos
quizá no es el mas perverso.
Mayor. Ya veo, que á la amargura
de tu dolor los consuelos
ordinarios serán vanos;
pero la amistad al menos
te será grata. Ven, Cárlos,
donde te aguarda el afecto
de mi familia. *Baron.* Quién? yo?
yo freqüentar el comercio
del hombre? Horts, ya lo dixe.
Mayor. Es verdad; pero yo creo
que, á no ser un insensible,
no puedes hacer desprecio
de unas almas que agradecen.
Baron. Hermano mio, no niego
que dices bien; pero si
supieras quánto padezco
en ver á un hombre! no, amigo,
déxame con el silencio
de mi soledad. *Mayor.* Siquiera
una sola vez te ruego.
Baron. No, no. *Sin aspereza.*
Mayor. Cárlos, no rehuses
esta gracia á tu sincero,
á tu buen amigo. *Baron.* Escucha.
Despues de reflexîonar.
Tú lo suplicas, y quiero
complacerte. Pero en fin,
que sea como un encuentro
casual, un solo instante.
Condúcelos aquí, y luego
que lleguen al pabellon,
ven por mí, que yo te espero,
y tú me presentarás.
Mayor. Bien, y yo me lisonjeo
que nos harás compañía
en el castillo algun tiempo.
Baron. No lo esperes, y te exîjo
la palabra, el juramento
de que no pondréis estorbo
á la fuga que proyecto
mañana. *Mayor.* Qué obstinacion!
Baron. Dame tu palabra, ó vuelvo
á retractar la que dí.
Mayor. Bien, Cárlos; pero::-
Baron. Te advierto,
que digas á tu familia,
que mis adornos son estos
que vés. *Señalando su vestido.*
Mayor. No importa: mi hermano
ama solo en tí lo recto
de tu corazon. Ven, Cárlos,
abracémonos de nuevo,
y admite las expresiones
del amistad. Ah! no creo,
que este abrazo afectuoso *le abraza.*
haya de ser el postrero. *Vase.*
Baron. Frantz. *Sale Frantz.* Señor.
Baron. Mañana mesmo
partimos. *Frantz.* Bien.
Baron. Pero pienso,
que léjos de aquí. *Frantz.* Yo, vamos.
Baron. Quizá, quizá para pueblos
de la otra parte del mar.
Frantz. Adonde usted quiera.
Baron. Isleños
pacíficos y felices
del mar del Sur, ay! yo vuelo
á morir entre vosotros.
Los piratas Europeos
dicen que robais. Qué importa
que me despojeis del resto
de una propiedad inútil?
El tesoro de mas precio,
el reposo de mi vida
me lo han robado en el seno
de mi patria. Viva yo
muerto para el hombre, muerto
para el universo, ingrato
orígen de mi tormento.
Oiste, Frantz? á la aurora
mañana sin falta::-
Frantz. Entiendo.
Saca el sobre de una carta.
Baron. Pero::- Frantz, primero importa
que vayas sin perder tiempo
á casa de la persona
que dice aquí. Yo te quiero
autorizar con mi letra
para que antes del sol puesto

te vuelvas con mis dos hijos.
Frantz. Usted hijos ! *Baron.* Sí.
Frantz. Qué genio !
válgame Dios ? y ha tres años
que sirvo á usted sin saberlo.
Luego usted ha sido esposo ?
Baron. Frantz, no me atormentes necio
con preguntas.
Frantz. Pues me iré. *Vase.*
Baron. Aguardame en mi aposento.
Sí, yo quiero acostumbrarme
á estrecharlos en mi seno.
Estos pobres inocentes
no deben quedar expuestos
á una educacion viciosa.
O nunca sea ! primero,
ignorados qual su padre,
corran por el campo abierto
con el arco y con la flecha,
como las auras ligeros,
y el arte de manejarlos
sea todo su talento.
Pero alguien se acerca. Vamos
á escribir primero, y luego
á cumplir con la amistad
por última vez.
Vase, y salen la Condesa, el Conde, Eulalia y el Mayor.
Conde. Reniego
de tanto andar. Vaya, vaya,
que las señoras me han puesto
en exercicio; y fortuna
de que soy el compañero
de la bella y eloqüente
Miler. Y bien, con que habemos
reducido al Misantropo
á venir aquí ? Por cierto
raro hombre ! pero nunca
hará menor en mi aprecio
su virtud la extravagancia.
Mayor. Voy por él; pero te ruego
no exâsperes su carácter
con instancias : por lo menos
la franqueza logrará
que desarrugue su ceño. *Vase.*
Conde. Bien, haré lo que tú quieras.
Vamos, muger, vé aquí el tiempo
de hacer uso de tus gracias:
tú ya estás en el empeño
de curar este selvage
melancólico extrangero,
y ello es fuerza.
Condesa. Quién pudiera
conquistar á nuestro sexô
un hombre, que ha resistido
á los ojos halagüeños
de nuestra Miler ? *Eulalia.* Señora,
aun quando no fuera incierto
ese poder en mis ojos,
mis ojos nunca le vieron.
Conde. Qué rareza ! pero él llega
con mi hermano. Yo celebro
ver al hombre generoso::-
Eulalia. Ay ! *Baron.* Dios mio !
Cárlos hace al llegar una cortesia á las damas, Eulalia le mira, dice ay ! *y cae desmayada en los brazos de la Condesa: Menó la reconoce, y al decir:* Dios mio! *tapándose el rostro con las manos huye despavorido hácia su habitacion. En tanto el Mayor admirado y triste de lo que acaba de pasar, permanece en silencio hasta que el Conde y su muger han conducido al pabellon á Eulalia.*
Condesa. Santo Cielo !
qué es esto ? querida Miler !
Conde. No vuelve : y el extrangero
se ausentó ; pero acudamos
á Miler. *Condesa.* Vamos adentro
del pabellon, que está cerca,
á desahogarla el pecho.
La conducen entre los dos.
Mayor. Esperanza lisonjera,
vana imágen de mis sueños
deliciosos ! yo tendia
mis brazos en pos del viento,
que disipó mis placeres
como la niebla. El secreto
se descubrió : yo adoraba
á la muger de mi tierno
amigo::- Y bien, qué seria
imposible á mi deseo
la reunion de dos almas
dignas del amor eterno
que se juráron ? Acaso
un delito pasagero
(mas debilidad que culpa)
habrá por siempre deshecho
el lazo que los unia ?
Ah ! no, yo me lisonjeo
de hacer feliz nuevamente
á mi Cárlos ; y si puedo

conseguir esta ventura,
no diré que yo la pierdo.
Sale del pabellon el Conde.
Conde. A Dios, Mayor.
Mayor. Y la Miler?
Conde. Miler al instante ha vuelto
de su accidente, y ya queda
mas tranquila y escribiendo;
pero quizá mi presencia
la importuna, y yo no quiero
comprimir su corazon.
Sin embargo, Mayor, pienso
que tú y mi muger sabeis
mucho mas en el suceso
actual, que yo. *Mayor.* No envidies
en este caso, te ruego,
esa triste preferencia.
Conde. No, hermano; no, yo respeto
la causa de su afliccion,
y sin saber mas te dexo.
Haz siempre por detener
al virtuoso extrangero
á quien amo, y á quien Miler,
sino me engaño, hará menos
insocial y Misantropo.
En el castillo te espero.
A Dios. *Vase por la derecha.*
Salen Eulalia y la Condesa.
Mayor. A Dios. *Condesa.* Y mi esposo.
Mayor. En este propio momento
se aleja de aquí. Señora, *A Eulalia.*
no perdamos sin provecho
estos precíosos instantes:
procuremos buscar medios
en tan repentino acaso
de que usted vuelva de nuevo
con el mejor de los hombres.
Eulalia. Pues cómo?::- qué::- caballero::-
Mayor. Menó, señora, es mi amigo
desde la niñez; los riesgos
de la guerra confirmaron
nuestro cariño primero.
Pero hace ya siete años,
que léjos de él, y mas léjos
de saber de su destino,
gemia en el desconsuelo
de mi corazon. En fin,
le hallé, señora, y su pecho
derramó su acerba pena
en el mio.
Eulalia. Oh Dios! yo pruebo
quanto abate al criminal
la presencia de los buenos.
Ah! señora, dónde, dónde
me ocultaré?
Esconde la cara entre las manos de la Condesa.
Mayor. Si un eterno
dolor, si una larga serie
de lágrimas y tormentos,
si la virtud afligida
no nos dan algun derecho
al amor y á la clemencia
de los hombres y del cielo,
quién nos le dará? Muger
desafortunada, el sueño
de tu honor fué de un instante,
y la culpa de un momento
borró el llanto de tres años.
Sí, señora, yo penetro
el alma de mi buen Cárlos:
él quedará satisfecho:
y yo corro á interceder
por usted con todo el fuego
de la amistad que me anima.
Venturoso yo! si puedo
perpetuar la memoria
de una accion de cuyo efecto
dependerá para siempre
mi placer y mi consuelo. *Hace que se va.*
Eulalia. No, señor Mayor, yo adoro
su honor, y el injusto pueblo
no perdonaria nunca
su debilidad: al menos
no le añadamos dolor
á dolor::- Ah! viva léjos
de mí felice, y no pruebe
por mas tiempo el vituperio
de llamarme esposa. *Mayor.* Y qué
usted desprecia mi zelo?
Eulalia. No, señor; mas oiga Usía
lo que suplicarle quiero.
Muchas veces, que oprimido
mi corazon con el peso
de un delito imponderable
juzgaba que los consuelos
huyeron de mí por siempre;
quizá pensé, que si el cielo
por última vez cumplia
los votos de mi deseo,
dexándome ver mi esposo
para confesar mi yerro

á sus plantas generosas,
seria menos intenso
mi dolor. Y por lo mismo
haced que atienda mis ruegos:
que me conceda el llorar
por unos cortos momentos
ante sus ojos, si acaso
puede sufrir el aspecto
de una muger criminal.
Pero no juzgue que anhelo
su perdon, ni que yo quiera
restablecer mi concepto
á expensas del honor suyo.
Ay! solo verle deseo,
y preguntar por mis hijos.

Mayor. Si no perdió sus derechos
en el corazon de Cárlos
la humanidad yo prometo
que lo hará. Dexad ahora,
porque no tenga un pretexto
de rehusar mi visita,
estos contornos. Yo vuelo
en favor de usted, Eulalia,
á las plantas de mi tierno
amigo. *Condesa.* Ay hermano! nunca
te quise como te quiero.

La Condesa le alarga la mano con la expresion de la amistad: Eulalia echa una mirada al Mayor, que explica su reconocimiento; despues se arroja sobre la mano de la Condesa, que la coge en sus brazos y se entra con ella por el bastidor anterior al pabellon.

Mayor. No hay en la tierra dos almas
semejantes: su primero
lazo no debe romperse,
y Cárlos puede sin riesgo
perdonarla::- perdonarla!
y cómo eludir los zelos
del pundonor, que no siempre
es una quimera? Pero
una jóven inexperta
la víctima de un perverso
que la arrastró á los delitos,
y cuyo arrepentimiento
ha sido tan dilatado,
tan doloroso y severo::-
Ah! que el mundo no recibe
justificacion del bueno
que fué débil un instante.
Pero Cárlos no huye léjos
de su injusto juez? no piensa
sepultarse en el secreto
de la obscuridad? no ama
su corazon al objeto
de su llanto? Sí; pues ella
le servirá de universo.

Sale Frantz con los niños Eugenio y Amalia.

Eugenio. Ya me canso.
Amalia. Y yo tambien.
Eugenio. Y diga usted, llegarémos
pronto? *Frantz.* Sí, pronto.
Mayor. Detente:
dime, qué niños son estos?
Frantz. Los de mi señor.
Amalia. Es este
Papá? *Mayor.* No desperdiciemos
la ocasion. Amigo, escucha;
yo sé que amas á tu dueño,
y me debes ayudar.
Frantz. En qué?
Mayor. No ha muchos momentos
que halló á su muger.
Frantz. De veras?
ay, señor, quánto me alegro!
Mayor. Ya conocias á Miler?
Frantz. Y es ella? *Mayor.* Sí; pero creo
que huye de ella tu señor,
y vé aquí lo que debemos
evitar. *Frantz.* No hay duda: y cómo?
Mayor. Sus hijos pueden hacerlo:
llévalos al pabellon,
que dentro de poco tiempo
sabrás mas. *Frantz.* Pero::-
Mayor. No quieras
inutilizar mi zelo
con tu detencion.

Los conduce al pabellon.

Muy bien. —
Mas él llega. Sí: yo espero
que la inocente sonrisa
de sus hijos pequeñuelos
penetre su corazon,
si resiste al lisonjero
mirar de su bella madre.

Sale el Baron.

Y bien, Cárlos, ya te veo
menos infelice.
Baron. Cómo? *Mayor.* Hallándola.
Baron. Quánto es necio
el que quiere consolarme,

demostrándome á lo léjos
el tesoro que perdí!
Mayor. No es necedad, si de nuevo
puedes volver á gozarle.
Baron. Te entiendo, Mayor: á efecto
de conseguir mi perdon
te envía; pero te advierto,
que es en vano.
Mayor. Que tu esposa
me envia, no te lo niego;
mas no para reuniros.
Ella te ama, su consuelo,
su ventura la aborrece
sin tí. Pero yo te ruego
que aprendas á conocerla,
y creas que adora menos
á Cárlos, que á su opinion.
Baron. Pues á qué vienes? *Mayor*. Primero
en mi nombre, como amigo,
como hermano y compañero
de armas, á suplicarte
que le perdones un yerro
involuntario: no, nunca,
nunca (yo lo juro al Cielo)
verás su igual. *Baron*. Es verdad.
Mayor. No me niegues que tu pecho
la tiene amor.
Baron. Ay amigo! *Le coge la mano.*
Mayor. Pues bien, el remordimiento
Con calor.
ha expiado ya su culpa.
Sí, Cárlos, vuelve de nuevo
á ser feliz. *Baron*. Ser feliz!
ser yo feliz! cómo puedo
ser feliz, si ya los hombres
han roto el lazo que un tiempo
fué mi placer, y le han roto
para siempre? ah! yo no debo
violar la ley que me imponen
las opiniones de un pueblo.
Mayor. Y qué te importan los hombres?
quien ha sabido en el tiempo
de tres años de amargura
no codiciar el comercio
de un mundo que despreciaba,
podrá concluir el resto
de su vida en compañía
de su amiga.
Baron. No hay remedio.
Con que todos se conjuran
con mi corazon, á efecto
de trastornar mi razon!
di, qué quieres de mí?
Mayor. Quiero
que la veas: negarias
á tu esposa este consuelo?
Baron. Venga pues; pero no juzgue
envilecerme: la veo
para no verla jamas.
Mayor. Espérame aqui un momento. *Vase.*
Baron. Y bien, Cárlos, ya se acerca
el instante postrimero
de tu dicha. La verás,
sí, tú verás al objeto
de tu amor, verás la madre
de tus hijos! ah! y no vuelo
á estrechar mi corazon
con su enamorado pecho?::-
Abrazarla yo! no es ella
la que derramó tormentos
en la copa de mis dias?
no es ella por quien padezco,
y por quien maldigo al hombre?
Pobre Cárlos! no hay remedio;
tu suerte está decretada.
Sin embargo no pretendo
tratarla con crueldad:
ella verá, que respeto
su llanto, que la perdono,
y en fin que la compadezco.
Pero quién::- ay, qué es Eulalia!
Pundonor, orgullo, zelos,
vé aquí la muger que me hizo
infeliz sin merecerlo.
Salen Eulalia, la Condesa y el Mayor, y Eulalia toda trémula y confundida dice á la Condesa.
Eulalia. Ah generosa muger!
dexadme: si tuve esfuerzo
para la culpa, tampoco
me le ha de negar el cielo
para explicar mi dolor.
La Condesa y el Mayor entran en el pabellon.
Ay, con quánto rubor llego!
Señor.
Se acerca á Cárlos que sin volver la cara, aguarda conmovido que ella empiece á hablar.
Baron. Qué quieres, Eulalia?
Con dulzura, pero sin volver la cabeza.

Eulalia. No, no por Dios! huya léjos
de mi oido la dulzura
que me despedaza el pecho,
hombre piadoso: resuenen
solo en él los duros ecos
de la indignacion.
Baron. Y bien?
Con severidad.
Eulalia. Ah! si el hombre á quien ofendo
se dignase darme quejas,
quánto aliviaria el peso
de mi corazon!
Baron. Yo quejas!
mis muertos ojos, el negro
velo que los cubre, el llanto
que derramaron un tiempo
se podrán quejar por mi;
pero no yo.
Eulalia. Ese silencio
generoso me aniquila,
multiplica los tormentos
de mi penar. O Dios mio!
á quien agravié!
Baron. Al primero
y al mejor de tus amigos.
Pero ya ves que debemos
separarnos para siempre.
Eulalia. Ah señor! si, ya lo veo::
tampoco imploro mi gracia,
ni vengo con el intento
de conseguir el perdon,
el perdon que no merezco.
Solo pido, que algun dia
no maldigais al objeto
de vuestro primer amor.
Baron. No, Eulalia, no; yo no puedo
maldecir á quien me hizo
venturoso en mas serenos
dias. No jamas, jamas,
triste muger.
Eulalia. Conociendo
la iniquidad de mi ofensa,
para que volvais de nuevo
á ser mas feliz esposo,
ve aquí, señor, os entrego
Le presenta un papel.
este papel de divorcio,
en el qual, señor, confieso
mi delito.
Baron. O, nunca sea!
Lo toma y lo rompe.
Tú sola tuviste imperio
en mi corazon, Eulalia,
y tu imperio será eterno.
Mi honor sacro é inflexîble
me prohibe aun el deseo
de unirme á ti; pero nunca
tendrá lugar en tu lecho
nueva esposa.
Eulalia. Solo pido
Despues de algun silencio.
al despedirme::-
Baron. Primero
escucha. Yo he conocido
quanto es sensible tu pecho
al llanto del infortunio,
y será justo que al menos
satisfagas tu piedad,
y no vivas con el riesgo
de implorar la compasion
agena: toma este pliego
Le ofrece uno que saca de su cartera.
que te asegura una renta
moderada.
Eulalia. No le acepto.
El trabajo de mis manos
será todo mi consuelo,
y el pan que riegue mi llanto
me servirá de sustento.
Baron. Tómale, Eulalia.
Eulalia. Señor,
bien lo sé que yo merezco
mas humillacion, mas pena;
pero no añadais, os ruego,
á mi rubor esta afrenta.
Baron. Cruel hombre, hombre perverso,
ah, qué muger me has robado!
En fin, Eulalia, respeto
tu virtud. Pero si acaso
Con amor.
probases en algun tiempo
la indigencia, te suplico
que recurras al momento
á mí. *Eulalia.* Bien está.
Baron. Con todo,
Le da una caxita con joyas.
estas joyas que te ofrezco
tómalas, pues que son tuyas.
Eulalia. No, señor, estos objetos
me acuerdan aquellos dias
en que, digna del afecto
de mi esposo y de mi padre,

bendecia el universo
mi ventura. Solo admito,
Saca de ella un relox.
este relox, que mi Eugenio
llevaba, y al qual rodean
de mi Amalia los cabellos.
Ah! yo le conservaré,
yo le arrimaré á mi tierno
corazon arrepentido,
y le besaré muriendo.
Baron. Dios mio! no puedo mas.
A Dios, Eulalia:::
Hace que se vá.
Eulalia. Primero *Le detiene.*
tranquilizad á una madre.
Viven mis hijos? han muerto?
Baron. Viven.
Eulalia. Hombre virtuoso,
no desatendais mi ruego:
permitid que yo los vea,
y los estreche á mi seno
por última vez::- Dios mio!
Si supierais qué tormento
me arrancaba las entrañas
mientras he vivido léjos
de mi Cárlos y mis hijos,
al ver á los pequeñuelos
inocentes de su edad
en sus pacíficos juegos!
Ah! permitidme, señor,
que los vea, y me alejo
de ellos y de vos por siempre.
Baron. Eulalia, yo te prometo
que los verás esta noche:
los aguardo de un momento
á otro, y apenas lleguen
mi criado irá con ellos:
tenlos contigo hasta el alba,
pero devuélvelos luego
á su desdichado padre.
Eulalia. En fin, que ya no debemos
vernos en la tierra? A Dios,
hombre generoso y bueno:
olvidad á una infelice,
que no querrá en ningun tiempo
olvidaros.
Repentinamente le coge la mano, se arrodilla y la besa.
Ah! dexadme,
señor, que bese primero
esta mano que fué mia.
La Condesa tiene al niño en los brazos, el Mayor á la niña, y salen poco á poco del pabellon, de modo que no llegan á Cárlos y Eulalia hasta el último á Dios.
Baron. Eulalia, no, alza del suelo:
no te humilles, y recibe
por fin el á Dios postrero.
Eulalia. Para siempre!
Baron. Para siempre.
Eulalia. Puedo llevar el consuelo
de que no me aborrezcais?
Baron. No, Eulalia, no te aborrezco.
Eulalia. En fin, quando mi dolor
haya expiado mis yerros,
la muerte nos unirá
con el Dios del Universo.
Baron. Ante sus ojos no reyna
la preocupacion del necio,
y allí gozarémos juntos
la eternidad de los tiempos.
Sus manos se enlazan, y mirándose con la mayor ternura, se dicen con voz trémula.
Los dos. A Dios.
Ellos se separan; pero al volver el rostro encuentra Eulalia á la Condesa cerca de ella que levanta al niño, y le pone á los ojos de la madre; Eulalia le toma en sus brazos y estrecha con su corazon. Lo mismo hacen á la otra parte el Baron, y el Mayor.
Eulalia. Ay!
Baron. Eulalia mia!
abraza á tu esposo::- *Eulalia.* Oh cielo!
Los dos se arrojan en los brazos uno de otro; y al mismo tiempro los niños, que el Mayor y la Condesa tienen en sus brazos, se abrazan al cuello de sus padres, y cae el telon.

F I N.

Con licencia: En Valencia, en la Imprenta de Joseph de Orga, donde se hallará, y en Madrid en la Librería de Quiroga, calle de las Carretas. Año 1801.